

MEMENTO LIRICO

AQUEL ATARDECER DE PLENILUNIO... BAJO EL CIELO ROMANO

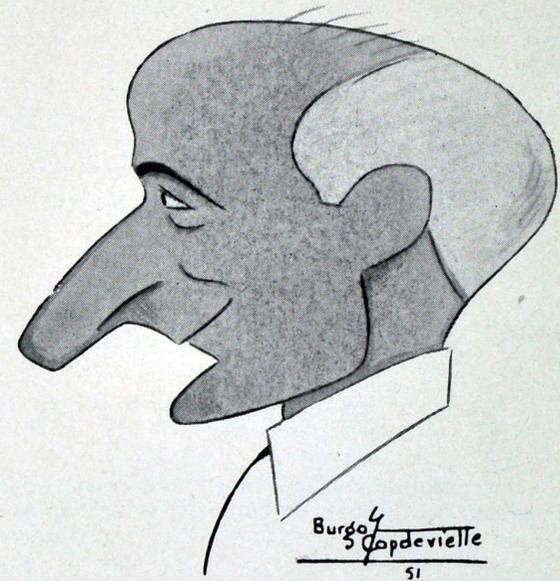
AQUELLA tarde de bienandanza por las vías de la ciudad una estremecida emoción de encanto y deleite nos invadía el ánimo y embargados en la contemplación admirábamos monumentos, basílicas, criptas, arcos, obeliscos, mausoleos... de la ciudad eterna.

Una luz tamizada, rubirrosa e impalpable esplendía el ambiente cordial y suave como la llama del óleo sagrado y buída y fina doraba los muros con tibios y sutiles reflejos crepusculares en el atardecer sereno y atemperado del día otoñal que en su impalpable nitidez se nos antojaba como prenuncios de luminosidad oriental.

No podía percibir el espíritu otra tal sensación más placentera, de tal calidad emocional como la que nos deparaba aquel portentoso y dilatado panorama de la urbe de las siete colinas, prodigiosa atalaya, cabe el monumento a Víctor Manuel y contornos de la Vía del Foro imperial, y al fondo el Palatino, con todo su ciclópeo y espléndido cortejo de los Foros cesáreos y Romano, circos, termas, arcos, pórticos y columnas... muchas columnas...; la severa y sencilla del dórico y el toscano, la grácil voluta del jónico que nos recuerda el peinado de la dama helénica y el decorado capitel del corintio floreado de galanuras. Columnas por doquier, columnas y estatuas colosales bien clásicas o renacentistas o barrocas y también muchos arcos y bóvedas y muros rotos... y la piedra labrada en el friso y el bajorelieve y todo el elemento decorativo, fueron marcando la impronta de antiguas civilizaciones en alarde de pervivencia y así la Roma pagana ahita de siglos que lleva tras sí una estela de dominación y poderío terreno, nuncio de césares y triunviros. Y la Roma sublime del cristianismo que nos satura con aromas místicos traspasados de emoción en las gloriosas Catacumbas y nos llena de transcendencia sobrenatural en la Ciudad Vaticana, lugares de gracia y majestad y nos asombra en las basílicas de San Pablo y San Juan de Letrán y en todos los monumentos elevados al amor y la teología, verbo incorruptible y glorioso florecido de la divina gracia y fervoroso de estirpe clara y entrañable.

Grandiosa contemplación la de este fecundo y eterno solar irradiador de influencia al mundo con acentos majestuosos de mármoles y obeliscos unido a la galaxia suntuosa del conjunto urbano en su vitalidad actual envuelta como en rebozo de latentes avatares.

Y contemplamos la maravilla de San Pedro estremecida de fervor y peregrinación y plazas de silencio austero y las soledades de la vía Apia y el Palatino con evocaciones de silbos y pastores y sabor de púrpuras e intrigas del Renacimiento en vía Ciulia y fascios



GALERIA DE COLABORADORES DE «ALCANTARA»

D. Crescencio Rubio Sáez

y voluntad de imperio en la plaza de Venecia y crueldades refinadas del Anfiteatro Flavio, que aun alienta con sus muros quebrados como respeto a la sangre cristiana vertida en su cerco.

Todo ello produce la emoción firme, serena y armónica de lo grandioso efectivo con plenitud que no altera la frase ni sacudidas de fugaz lirismo.

Es la sinfonía de mármoles y pórfidos de la ciudad de la cruz, emporio de arte y belleza y florilegio multiforme que sobrecoge la voluntad de la ciudad que imprimió el sello de su organización difundiéndolo al orbe y su potente unidad: unidad en la lengua y en la familia y en la propiedad y el derecho y sobre todo unidad de la Iglesia y de la creencia que no anula al hombre y lo reduce al automatismo ante el poder despótico, sino que impulsa sus estímulos e iniciativas; ciudad de estatuas y fontanas maravillosas.

Ante nuestra imaginación desfilaban generaciones y veíamos el hundimiento de imperios, y sobre todo este mosaico pagano se alza hoy el gozo místico y ferviente del cristiano, que trasciende y rebasa todo este poderío temporal de emperadores y reyes.

TOMAS RIEGO BLANCO

AVISOS

El hombre discreto ha de tener constante igualdad de ánimo, lo mismo en la fortuna que en la adversidad. Sólo justifica el cambio un afán de mejoramiento,

Los altibajos en nuestra conducta implican falta de razón y flaqueza de voluntad: gobierna la veleidad de la estulticia.

Todas las cosas tienen su tiempo: la armonía entre la seriedad y la discreta donosura nos harán sentar plaza de prudentes.

Buscar nuestro empleo en aquéllo, para lo cual mejor nos dotó la naturaleza, es presagio de acierto. Lo contrario es querer aprisionar con una malla el viento.

El profundo conocimiento de las cosas salpica de gracejo nuestro trato: la erudición superficial sirve de enfado para quien nos lee o escucha.

Al que ejercita la caridad con dinero que no es suyo, antes de alabarle, inquiera cuánto da de su bolsillo.

«PRUDENTE»